

Los regalos de fin de año

BRUNO FERRERO

Al llegar las fiestas de Navidad, la familia se alborota. La expectativa por los regalos no se puede disimular. Los hijos, especialmente los más pequeños, buscan cualquier indicio que les permita saber de antemano qué van a recibir...



BSCAM

Entrenar a los hijos para una disciplina constructiva.

Los padres interpretan esas esperas y tratan de prepararlos para eventuales cambios porque, aunque les parece justo tener en cuenta sus deseos, no quieren secundar sus caprichos. No quieren, por ejemplo, regalar cosas que sirvan solamente para hacerlos sentir igual a los demás, o buscan elegir juegos que estimulen el aprendizaje y favorezcan la sociabilidad. Sobre todo, quieren que los regalos sean una señal de afecto y no sólo objetos que ofrecen un bienestar inmediato y nada más.

Cuando los hijos crecen, las cosas cambian: los padres juegan más «a cara descubierta», les piden decir abiertamente qué les gustaría, y hasta le confían a ellos mismos la responsabilidad de buscar lo que quieren, porque saben que no siempre son capaces de sintonizar con sus gustos y deseos.

Regalos y dones

No es que no quieran «perder tiempo» en esas cosas. Más bien, han descubierto que los regalos son una cosa y los dones son otra. Los regalos son materiales y siguen plazos rituales, producen placer, pero en

realidad no cambian la vida. Los dones, por el contrario, están ligados a la cotidianidad; no pueden ser siempre cuantificados; sorprenden, porque no se sabe ni cuándo ni cómo se van a recibir; y casi misteriosamente, califican la existencia.

Precisamente porque no se pueden tocar, es difícil decir qué dones han ido ofreciendo los padres a los hijos en sus años de vida. Seguramente, primero caminaron delante de ellos, para indicarles la exigencia de tener siempre una dirección de marcha. Luego, los ayudaron a encontrarse consigo mismos y con el mundo, poniendo a su disposición experiencia y reflexión. Después, pasaron el largo período de estar al lado y sentirse compañeros de camino atentos y solidarios. Y finalmente, llegó el tiempo de caminar despacio para que los hijos puedan actuar con mayor autonomía y desarrollar plenamente su sentido de responsabilidad.

Cuando se está en esta última etapa, es bueno renunciar a muchos «paquetitos» seguramente intrigantes, pero quizá también inútiles. Ya no interesa tanto proyectar valores

o proponer actitudes y comportamientos en los que inspirar sus vidas. Ni poner en la mochila de los hijos una cantidad de buenos ejemplos: los muchachos ya son grandes y aprendieron a aceptarse y quererse con las fragilidades e incoherencias, con las pobreza y omisiones que son signos de una condición adulta que está siempre, inevitablemente, atravesada por tensiones y sufrimientos, por desilusiones y lamentos.

Por eso, puede ser interesante pensar en un solo don, que ni siquiera habrá que preparar de una manera atrayente, porque es algo más que fascinante: regalar a los hijos el gusto por el futuro. Están viviendo tiempo de elecciones y, como tantos muchachos de su edad, el miedo y la dificultad de mirar a lo lejos podrían dejarlos aprisionados en el presente, o apuntando a un mañana que sea sólo una reedición del hoy. Este don les ayudará a mantener el entusiasmo y la frescura de la adolescencia, el deseo de soñar en grande y actuar en pequeño, la capacidad de ser perseverantes en sus proyectos, sin dejarse condicionar por el miedo a equivocarse o por la ten-



BSCAM

Que los regalos sean una señal de afecto.

tación de adaptarse a la realidad; la disponibilidad para ponerse al servicio del mundo con generosidad y competencia.

Cincuenta propuestas...

Como éste, les propongo aquí otros cincuenta dones. Son propuestas que no hay que sobrevalorar, que la fantasía materna y paterna pueden adaptar, rehacer, reinventar...

Abrazarse y jurarse amor eterno delante de ellos; mantener siempre la promesa sin mentirse jamás; dejar que los abuelos los consientan un poco; preparar buenas respuestas sobre «¿cómo nacen los niños?»; hacer siempre lo que hacen y no lo que dicen; ser modelos; crearles el hábito de la buena lectura; habituarlos a terminar lo que comenzaron, explicándoles que los grandes resultados se obtienen con esfuerzo y perseverancia; hacerles sentir que es verdad lo bueno que piensan de ellos y dicen a los demás; contarles la propia vida, especialmente cuando tenían su edad...

Ayudarlos a integrarse en un grupo o en una banda musical; ser firmes y mantener sus valores y principios

personales: así serán su punto estable de referencia; leerles los libros que prefieren; dejarlos que afronten las consecuencias de sus acciones; preguntarles cada noche cómo ha pasado el día; asegurarse de que, antes de ponerles un castigo, entendieron los tres porqué que lo motiva: por qué está prohibido, por qué tienen que cambiar y por qué no tienen que hacerlo más; asegurarles que estarán siempre con ellos ante cualquier cosa que ocurra; componer juntos una canción y cantarla a viva voz; darles la posibilidad de tener cerrada la puerta de su habitación; enseñarles a reconocer los errores sin echar la culpa a otros...

No olvidar jamás el beso de las buenas noches; no dejar para mañana lo que quieren hacer con ellos hoy; decirles y repetirles que los quieren; prohibirles las palabras groseras en su presencia; responder a sus preguntas; no irse a dormir jamás si hay un conflicto abierto; cuidar su salud: para ellos es importantísimos; no decir jamás: «¿Viste? ¡Yo tenía razón!»: ellos ya lo saben; enseñarles a nadar, cocinar, planchar, coser y bailar; inventar ritos familiares...

Enseñarle a distinguir el bien del mal; no subestimar sus miedos, ansiedades, dudas y preocupaciones; enseñarles a ubicar la estrella polar y los cuatro puntos cardinales; suscribirlos a su revista preferida; decirles con frecuencia las frases mágicas: «Estoy contento de ti», «Confío en ti», «Lo vas a hacer bien»; amarlos como son; decirles a menudo: «Porque soy tu padre/tu madre y soy responsable de ti. Punto»: es una razón más que suficiente; enseñarles qué hacer en caso de dificultades; mostrarles que jamás hay que rendirse hasta que la partida no esté totalmente terminada; ponerles alguna sorpresa en la mochila...

Darles ejemplo: usar la papelerera para los residuos y hacer la selección diferenciada; acostumbrarlos a disculparse y pedir perdón; recordar que los padres tranquilos y serenos tienen hijos tranquilos y serenos; invitarlos a la pizzería o al cine, pero a una sola cosa a la vez; dejar que sean otros los que les desvelen el secreto de los ratones y los dientes; no compararlos nunca con los demás; dejar en secreto sus secretos; no aparecer como infalibles; ser los padres que ustedes quisieran haber tenido; rezar con ellos todas las noches. 🙏

Semillas

En la mesa familiar, el niño pide un poco de pan a su padre. Éste lo toma y le entrega un pedazo que el hijo muerde en el acto con avidez.

- Y bien, pregunta el padre, ¿qué se dice?

Con la boca todavía llena murmura tímidamente el chico:

- Gracias.

- Gracias, ¿qué?

- Gracias, papá.